

JOSIP BROZ TITO

**POLITICA EXTERIOR
YUGOSLAVA**

**JUGOSLAVIJA
BEOGRAD**

**POLITICA EXTERIOR
YUGOSLAVA**

*Texto tomado de las agencias periodísticas
sin carácter definitivo*

JOSIP BROZ TITO

POLITICA EXTERIOR
JUGOSLAVA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESIÓN PLENARIA DEL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1960, POR EL PRESIDENTE DE LA RPF DE YUGOSLAVIA, JOSIP BROZ TITO, QUE PRESIDÍA LA DELEGACIÓN YUGOSLAVA EN EL XV PERÍODO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS.

EDICIONES *JUGOSLAVIJA* BEOGRAD

Señor Presidente:

Quisiera felicitarle a usted, en nombre de la Delegación yugoslava y en el mío propio, con motivo de su elección para desempeñar el cargo de tan elevada responsabilidad en esta importantísima reunión de la Asamblea General.

Señor Presidente,

Señores Delegados:

Permítanme expresar mi particular satisfacción de hallarme aquí, en la Sede de las Naciones Unidas, en la reunión de la Asamblea General. Los pueblos y el Gobierno de Yugoslavia siempre han dado y siguen dando una importancia excepcional a las Naciones Unidas como la más amplia y principal organización internacional, cuyos fines principales, y particularmente el mantenimiento de la paz y de la seguridad en el mundo, expresan los fundamentales anhelos y necesidades de la comunidad mundial.

Quisiera igualmente expresar, en nombre de la Delegación yugoslava y en el mío propio, nuestra satisfacción con motivo de la presencia en esta XV Reunión, de un gran número de representantes

de los nuevos miembros de las Naciones Unidas, sobre todo de los países africanos que han alcanzado recientemente su independencia. Este aumento reviste una importancia particular por haber sido ampliada la estructura general de los miembros de la Organización, gracias a que, sin duda alguna, las aspiraciones fundamentales de estos nuevos miembros de nuestra Organización están orientadas hacia la consolidación de la independencia alcanzada, hacia un desarrollo interior acelerado y para ocupar un puesto equitativo en la comunidad mundial de los pueblos y contribuir al mantenimiento de la paz y a la estabilización de la situación en el mundo. Estas aspiraciones coinciden plenamente con el espíritu y la letra de la Carta.

Esperamos que en un futuro próximo tengamos la real y plena universalidad de la Organización de las Naciones Unidas, realizando, de un lado, la independencia para todos los pueblos coloniales y de otro lado, reconociendo los derechos de la República Popular de China a tener su representación en la Organización de las Naciones Unidas.

La inquietante atmósfera internacional y la importancia excepcional de la XV Reunión de la Asamblea General

La XV Reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas reviste una importancia excepcional por varias razones, y, ante todo, por figurar ante esta Asamblea muy grandes y difíciles tareas y por tener lugar en una situación internacional verdaderamente inquietante, en una atmósfera de

reanimación de la guerra fría y de plena incertidumbre de las consecuencias que todo esto tendrá en el futuro. En nuestra opinión, el mundo tal vez nunca se ha hallado, en ninguna fase de los acontecimientos de posguerra, en el estado de incertidumbre en que se encuentran hoy día. Es por lo que precisamente consideramos que todos nosotros, los que nos hallamos aquí, debemos vigilar con atención para que las acciones de nuestra Organización y las formas de su ejecución estén siempre de acuerdo con el espíritu y los principios de la Carta y con los derechos fundamentales y la soberanía de cada país-miembro, incluidos hasta los países que no lo son. En el caso contrario, estas acciones no cumplirían su misión y podrían afectar más seriamente al prestigio de la Organización de las Naciones Unidas y a la confianza que se tiene en ella.

Consideramos que no es difícil hallar las causas que han engendrado esta situación, la cual podría conducir el mundo hacia nuevas catástrofes, más graves que cualquier otra del pasado, si en esta organización internacional, y ya en esta reunión, no se realizasen los máximos esfuerzos.

Han pasado quince años desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, pero no se ha resuelto hasta hoy ninguno de los grandes problemas que la guerra nos ha dejado en herencia. No quisiera relatar aquí el curso de los acontecimientos, pero sí repetiré lo que se ha dicho ya muchas veces: que la causa principal de no haberse resuelto ninguno de los más grandes problemas internacionales reside, precisamente, en que desde el principio se ha tomado un camino falso para

resolver los problemas internacionales en litigio desde las posiciones de fuerza y que, hasta nuestros días, algunos círculos influyentes todavía manienen este punto de vista.

¿ Qué resultados ha acerreado al mundo esta política ? Se han acumulado, cada vez más, nuevos y nuevos problemas que cargan a la ya tirante atmósfera internacional. El mundo esperaba mucho de la reunión al más alto nivel de Paris, pero después del fracaso de aquella Conferencia se ha producido una profunda decepción, sobre todo a causa de lo que había precedido a este fracaso, lo que fue una de las principales causas. Esto ha hecho confirmar, entre los pueblos amantes de la paz, la convicción de que no pueden decidir sobre el destino del mundo solamente algunos Estados, aunque fuesen los más grandes, sino que pueden a deben decidir conjuntamente los países grandes y pequeños y, en primer lugar, a través de las Naciones Unidas y bajo sus auspicios, ya que esta organización internacional ha sido creada con esta finalidad. Es por lo que atribuimos precisamente una gran importancia a esta, XV Reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Ha llegado la hora de que las relaciones internacionales tomen un camino constructivo

Es natural que nosotros no hemos venido aquí para echar aceite al fuego, ni para seguir ninguna de las actitudes extremistas que reflejen la actual tirantez de las relaciones internacionales. Hemos venido con el deseo de contribuir lo más posible,

en primer lugar, a la atenuación en el mundo y de expresar nuestros puntos de vista de que ha llegado la hora de que las relaciones internacionales tomen un camino nuevo, un camino constructivo, un camino de soluciones pacíficas a los problemas en litigio, un camino de consolidación y de colaboración internacional equitativa y de coexistencia activa y pacífica.

Nosotros no nos dejamos llevar por las ilusiones de que esta vez puedan resolverse definitivamente en las Naciones Unidas los más grandes problemas que amenazan permanentemente a la paz. Sin embargo, en nuestra opinión, un gran éxito podría lograrse si en esta Reunión prevaleciese el punto de vista de que es necesario impedir, por todos los medios, que siga aumentando la tirantez en la situación internacional y que empeore la atmósfera de la guerra fría, de que es necesario asegurar una estructura y actividades de los organismos de las Naciones Unidas, de tal manera que, controlados por esta Organización, desempeñen sus funciones lo más eficazmente posible. Esto nos ha inspirado en los esfuerzos realizados con la finalidad de que los jefes de Estado y de Gobierno vengan a esta Reunión para que, de este modo, no sólo se consolide, sino que aumente aún más el prestigio que han alcanzado las Naciones Unidas.

La responsabilidad que recae sobre todos nosotros es hoy mucho más grande de lo que se hubiera podido prever hace quince años, en los momentos de la creación de las Naciones Unidas. Durante los últimos quince años hemos presenciado el rápido y triunfante progreso sin par de las

ciencias naturales y de la técnica, de un lado, y la salida, cada vez más enérgica y amplia, al escenario histórico de la parte más numerosa de la humanidad que antes se veía impedida para tomar parte equitativa en la determinación de su destino. Por más que apreciemos la contribución positiva realizada hasta ahora por las Naciones Unidas, no debemos cerrar los ojos ante el hecho de que esta Organización nuestra no ha podido llevar plenamente el paso con el curso de la historia contemporánea debido al peso de los conflictos y antagonismos del período de posguerra que se han mantenido en ella.

Se hace cada vez más grande la discordancia entre los magníficos éxitos alcanzados con el afán de poner al servicio del hombre las leyes naturales, y las graves condiciones en las que se halla la mayor parte de la humanidad que todavía debe luchar por los derechos elementales y por una vida digna del hombre. No sólo los pueblos que aún deben luchar por la independencia, a veces con grandes sacrificios de vidas humanas, sino también los que han creado sus Estados, se hallan todavía en una situación prácticamente desigual frente a los países altamente desarrollados.

I

Desgraciadamente, no se han realizado las esperanzas, nacidas hace un año, de que se llegaría a una disminución más seria y duradera de la tirantéz internacional.

A diferencia de la reunión del año pasado, que tuvo lugar bajo el signo de Camp David, es decir,

bajo el signo de las negociaciones entre el Este y el Oeste, este año, nos reunimos a la sombra de la fracasada Conferencia cumbre, de la ruptura de las negociaciones sobre el desarme en Ginebra y del constante aplazamiento del indispensable acuerdo sobre la prohibición de experimentos de armas nucleares y termonucleares, o dicho brevemente, están creciendo las tendencias del agravamiento de las relaciones Este-Oeste y de la intensificación de la guerra fría. Este peligroso curso en el desarrollo de las relaciones entre el Este y el Oeste está creando, por su parte, una atmósfera de desconfianza mutua cada vez más grande.

Las perspectivas de la paz se verían esencialmente disminuidas si se satisfacen las demandas para dotar al Bundeswehr con armas nucleares

Las tendencias de un desarrollo inquietante en esta parte se han manifestado también en la reciente demanda para dotar al Bundeswehr con armas nucleares, una demanda que revela toda la gravedad de la actual situación internacional y que, de llegar a satisfacerse, disminuirían esencialmente las perspectivas de la paz en Europa y en el mundo.

Aunque nuestro pueblo ha sufrido muchísimo a causa del militarismo y fascismo alemanes, no por esto sentimos odio alguno hacia el pueblo alemán, pero sí que estamos profundamente preocupados al ver el resurgimiento del militarismo en la República Federal Alemana.

A este respecto quisiera llamar la atención particularmente sobre el crecimiento de la influencia de los círculos militares y el resurgimiento de aquellas tendencias en Alemania del Oeste que recuerdan, con mal agüero, al pasado. Estas tendencias, sin embargo, no pueden más que ocasionar perjuicios a los verdaderos intereses del pueblo alemán y aumentar la tirantez y la inseguridad en el mundo. Por otra parte, aquellos que estimulan o facilitan tales tendencias, guiados por unos intereses mezquinos, asumen una gran responsabilidad.

En este mismo período, por culpa de la política de las potencias colonialistas y por culpa de otras potencias, que por diferentes motivos apoyan a esta política frente a los países dependientes o a los que han conquistado recientemente su independencia, prosigue la guerra de Argelia sin ver su fin y se producen conflictos y crisis, tales como los del Congo, Cuba, Laos e Irian Occidental, amenazando seriamente la paz mundial.

Nosotros, como miembros de las Naciones Unidas, no podemos reconciliarnos con este estado de cosas. No obstante los diferentes puntos de vista que nos separan con respecto a unos u otros problemas concretos o los diferentes juicios sobre situaciones y sucesos concretos, todos juntos, o por lo menos en gran mayoría, podemos encauzar nuestros esfuerzos, más enérgica y eficazmente, hacia la solución de los problemas fundamentales de nuestros tiempos.

En primer lugar, no debemos permitir que la desconfianza y la tirantez impidan soluciones cons-

tructurivas a los más importantes problemas de los cuales depende la paz en el mundo.

Se trata, en primer lugar, del problema del desarme que va adquiriendo, en nuestra era del progreso técnico, un significado de excepcional importancia. Sin embargo, en las circunstancias en que vuelve a resurgir la guerra fría, la solución de otros problemas fundamentales no se ve dificultada únicamente por la actual carrera armamentista. Los problemas pendientes del mundo colonial y los problemas relativos al ascenso a la verdadera independencia y al progreso económico de los Estados nuevos y subdesarrollados dificultan igualmente la creación de la atmósfera internacional que se necesita para dar comienzo al desarme y a la colaboración en el espíritu de la coexistencia pacífica.

El grado de desarrollo al que ha llegado la humanidad y los problemas trascendentales que han surgido junto con este desarrollo, hacen aumentar nuestra responsabilidad, pero al mismo tiempo hacen aumentar también nuestras posibilidades para encauzar el curso de la historia en un sentido positivo. Se dice muchas veces que las miradas del mundo están dirigidas hacia esta sala, pero nosotros no debemos olvidar que fuera de esta sala hay centenares de millones de hombres dispuestos a prestar su apoyo a toda nuestra acción constructiva y a transformarla, por la fuerza de su voluntad y de su número, en un nuevo paso hacia adelante, hacia la paz y hacia una vida mejor para todos los pueblos, para los hombres de todos los continentes.

II

Aunque el problema del desarme sea el más importante entre todos los problemas pendientes, yo quisiera, no obstante, dedicar mi exposición, en primer lugar, al problema más actual: el problema colonial.

Esta actitud mía tiene su justificación en el poderoso empuje de los movimientos de liberación nacional en Africa y en otras partes y, particularmente, en los últimos acontecimientos del Congo que no atañen únicamente a dicho Estado, sino a toda Africa y al desarrollo ulterior de los pueblos africanos independientes.

El proceso de la emancipación nacional, económica, política y cultural de las antiguas colonias constituye un imperativo histórico. La liquidación de las caducas relaciones económicas, sociales y nacionales, que constituyen la esencia del colonialismo en sus diferentes variantes, facilita a numerosos nuevos Estados presentarse en la comunidad internacional como miembros constructivos y factores activos. Es por lo que dichos procesos no sólo no deben ser frenados, sino que necesitan un trato constructivo, como se necesita igualmente dar ánimo a estos pueblos recientemente liberados, ya que esta liquidación de diferentes formas de relaciones coloniales en el mundo contemporáneo constituye una parte integrante de los esfuerzos de toda la humanidad encaminados a realizar la paz y el progreso universales.

Estos procesos, desgraciadamente, todavía se enfrentan a la incomprensión y la resistencia.

Muchas potencias colonialistas y países altamente desarrollados se resisten a conformarse con los inevitables procesos históricos en Africa y en otras regiones subdesarrolladas, tratando de pararlos o de cambiar su curso, recurriendo a diferentes medios políticos, económicos y militares en diversas regiones, amplias o reducidas, sirviéndose de las posiciones adquiridas y de sus ventajas materiales y otras.

Tales intentos, condenados por la historia y siendo por esto, vanos en último término, engendran o agravan los conflictos y las crisis, como es la obstinada continuación de la guerra de Argelia, como son los acontecimientos en Sudáfrica, como son los recientes sucesos del Congo o como son, en un contexto diferente, la tirantez en Laos y la situación creada en torno a Cuba, donde el pueblo, guiado por su gobierno revolucionario, ha conquistado la libertad, de la cual se ha visto privado durante tantos años, realizando ahora los esfuerzos para consolidar su independencia y la plena igualdad de derechos. Estas crisis, que constituyen una tendencia casi inevitable para enlazarse con las contradicciones y los conflictos en el plano Este-Oeste, así como estos conflictos de guerra fría, amenazan, por su parte, con extenderse a las regiones coloniales antiguas y actuales y a transformar los países recientemente liberados en nuevos focos de conflictos internacionales y de peligros de guerra.

Como un pretexto para inmiscuirse desde fuera, sobre todo en los últimos tiempos, se aduce una presupuesta incapacidad y falta de madurez de los países recientemente liberados y su subdesarrollo

económico. Sin embargo, no puede ser casual en absoluto que los menos desarrollados sean precisamente los países que hasta hace poco no estaban libres. Luego, aunque sea cierto que en el desarrollo de los países recientemente liberados existan numerosas dificultades, es cierto igualmente que estas dificultades tienen su origen, en primer lugar, en la larga dominación colonial, y que la prolongación de las relaciones coloniales no puede sino aumentarlas y multiplicarlas.

En el Congo se ha producido la más patente manifestación de la negativa política colonial

A este respecto me es imposible no detenerme particularmente en la situación creada en torno a la República del Congo. En el Congo se ha producido la más patente manifestación de la negativa política colonial, se ha producido la intervención desde fuera con el propósito de salvar los intereses mezquinos de aquellas fuerzas y círculos que todavía no pueden resignarse a la pérdida de sus posiciones e intereses privilegiados. Estos círculos han comprendido el reconocimiento de la independencia del Congo sólo como una forma exterior a través de la cual proseguiría la explotación económica y otros aspectos de la dependencia de aquel país. Y al encontrar la resistencia del Gobierno legítimo de la República del Congo contra la aplicación de esta política, se ha recurrido a diferentes formas de la intervención más o menos abierta, a organizar facciones, separaciones de diferentes provincias, aboliciones del gobierno y cosas por el estilo. Sin duda alguna, una respon-

sabilidad particular por el negativo desarrollo en el Congo recae sobre Bélgica, que antes dominaba en aquel país y que ahora se resiste obstinadamente a retirar sus tropas. Desde luego, una parte de la responsabilidad recae también sobre aquellos factores que han sostenido o permitido este estado de cosas.

La intervención de las Naciones Unidas, para que se mantenga la paz, debía facilitar en el Congo un desarrollo que garantice su independencia, soberanía e integridad territorial y que estaría de acuerdo con los intereses del pueblo y con los derechos del Gobierno legítimo.

Estamos profundamente convencidos de que la ayuda de las Naciones Unidas, lamentablemente, no se ha mostrado suficientemente eficaz, ante todo por haberse manifestado serias faltas y deficiencias en la aplicación de las decisiones del Consejo de Seguridad.

El Gobierno de la República Popular Federativa de Yugoslavia ha venido exponiendo su posición respecto a todo este problema en varias ocasiones, comprendida la demanda por la convocación del Consejo de Seguridad, del 8 de septiembre de 1960, proponiendo lo que ha considerado como una solución justa. Esperamos que se hallarán los caminos adecuados, basados, entre otras cosas, en la última resolución aprobada por la reunión extraordinaria de la Asamblea General, para proteger y apoyar las aspiraciones del pueblo del Congo para mantener la independencia y la integridad del país. Igualmente, es indispensable adoptar las medidas que permitan proseguir la necesaria ayuda económica y técnica. De su parte,

la Delegación de Yugoslavia dará su apoyo a cuantas medidas se tomen de acuerdo con dichos fines.

Ante las Naciones Unidas se halla una tarea enorme: la de ayudar a que la libertad recientemente alcanzada de muchos países adquiera su pleno fondo político y económico

El problema de la guerra de Argelia se halla ante nosotros desde hace cinco largos años, pero hasta ahora no se ha registrado, a este respecto, ningún progreso hacia una solución satisfactoria. El pueblo de Argelia, que sigue sufriendo grandes sacrificios para alcanzar su libertad — creando obligaciones a todos los pueblos que luchan por la paz, la independencia y la igualdad de derechos — reclama sus derechos naturales y legítimos de autodeterminación. Estos derechos le fueron reconocidos de principio, el año pasado, también por Francia, pero las negociaciones, a las que se había procedido, mostraron, desgraciadamente, que la parte francesa no ha sacado las conclusiones prácticas que resultan del reconocimiento del derecho de autodeterminación, debido a lo cual, lógicamente, las condiciones para negociar no han sido aceptables para los representantes de Argelia. En tales circunstancias, el Gobierno provisional argelino busca la salida de esta situación a través de un referéndum bajo el control de esta nuestra Organización, lo que nosotros, por nuestra parte, sólo podemos saludar y apoyar.

Además, la continuación de la guerra de Argelia tiene también otras implicaciones más

amplias. Si no se halla un camino para dar lo antes posible una solución democrática, esto quiere decir que, en la práctica, se legaliza implícitamente la fuerza como el medio para sofocar las aspiraciones legítimas de un pueblo, legalizándose así la guerra en general.

Un aspecto particular y muy peligroso de estas tendencias netamente antihistóricas, que todavía ejercen su influencia en el continente africano, consiste en la improcedente política de discriminación y opresión raciales, aplicada por el Gobierno de la Unión Sudafricana, cuyas consecuencias se han manifestado este año tan trágicamente. Es increíble, justamente, que hoy, en la segunda mitad del Siglo XX sea posible todavía esta política en una región que se halla en pleno movimiento de liberación. Este es, desde luego, un problema al cual las Naciones Unidas deben dedicar una atención más grande y eficaz que hasta ahora.

Si nos entrañamos más hondamente en este problema de la liquidación de las relaciones coloniales y lo analizamos más ampliamente, llegaremos con facilidad a la conclusión de que, en el fondo, la tendencia manifestada hasta ahora por las potencias coloniales, de mantener, a cualquier precio, sus posiciones económicas y otras aun después del ascenso a la independencia de esos países, sobre todo de los países africanos, es perjudicial no sólo para los pueblos que han ascendido a la independencia, sino igualmente para los pueblos de las potencias coloniales. Esta política, considerada en una perspectiva más larga, no puede traer beneficio alguno. Puede acarrear

nuevos conflictos y daños para ambas partes. Sólo las relaciones basadas en la igualdad de derechos entre los pueblos que han alcanzado su independencia y los pueblos de las potencias coloniales, pueden beneficiar a las dos partes, y pueden hacer, sobre todo, y esto es lo más importante, que tal política constituya un poderoso elemento en el mantenimiento de la paz y en la colaboración internacional constructiva. Aplicada así, la concepción sobre las relaciones entre los pueblos recientemente liberados y los pueblos de las potencias coloniales, liquidaría la causa principal de los conflictos y crisis y las causas que engendran antagonismos entre los países de las regiones atrasadas y subdesarrolladas y los países de las regiones del mundo altamente desarrolladas.

Dentro del complejo de todos estos acontecimientos, la máxima importancia la reviste el papel desempeñado por las Naciones Unidas, tanto en el plano político como económico. La Organización de las Naciones Unidas debe proceder lo más eficazmente posible a acelerar los procesos de emancipación, para que estos tengan el menor número posible de obstáculos, ofreciendo al mismo tiempo una ayuda múltiple y oportuna a los países que han iniciado el camino de la independencia, para que puedan consolidarla y hacerla lo más rica posible. Hasta ahora, el papel de las Naciones Unidas, desempeñado en este sentido, consistía, por lo general, en llevar lo antes posible hacia la independencia a los territorios en fideicomiso y en contribuir a la aceleración del proceso de emancipación de los demás territorios dependientes.

Desde la fundación de las Naciones Unidas hasta hoy, 35 territorios han alcanzado ya su libertad política, y varios territorios se hallan en el umbral de su independencia. Veintinueve de los antiguos territorios dependientes han ingresado en las Naciones Unidas durante el período pasado. Sin embargo, ante la Organización se halla ahora la enorme tarea de ayudar a que esta libertad recientemente alcanzada adquiera su pleno fondo político y económico.

Las debilidades económicas de diferentes países y regiones engendran necesariamente tentativas para crear «zonas de influencia»

Está absolutamente claro también que el problema de la liquidación definitiva de las relaciones coloniales se halla vinculado muy estrechamente al abismo existente entre los países insuficientemente desarrollados y las regiones del mundo altamente desarrolladas, como son Europa y Norteamérica, constituyendo una de las principales causas del mantenimiento y de la extensión de este abismo. Esto es, la existencia del atraso en los más variados aspectos, la debilidad y dependencia económicas de diferentes países y regiones, engendran necesariamente las condiciones para la ingerencia desde fuera, para las tentativas de crear «zonas de influencia» y para su nuevo reparto. Todo esto, como se sabe, da nacimiento también a conflictos políticos y pone obstáculos a la estabilización, tanto en el campo político como económico.

Teniendo en cuenta las experiencias adquiridas hasta ahora y debido a que las ayudas y apoyos están a veces condicionados por concesiones políticas y económicas, y que toda ayuda unilateral suscita los mayores recelos de otros Estados, creándose así problemas políticos, está claro que el mejor y el más justo de los caminos para prestar tales ayudas y apoyos a los países subdesarrollados debe pasar, en primer lugar, a través de la Naciones Unidas. Sin embargo, debido a que las Naciones Unidas disponen de muy escasos recursos materiales, porque los Estados altamente desarrollados y ricos vacilan y se niegan a poner recursos más considerables a la disposición de las Naciones Unidas, está claro también que los países recientemente liberados y subdesarrollados no pueden esperar, en tal situación, la ayuda de las Naciones Unidas. Hay que reconocerles el derecho de recibir ayuda de donde la pueden obtener si ésta se les ofrece sin condiciones políticas, económicas u otras.

Las acciones emprendidas hasta ahora por las Naciones Unidas en este sentido, aunque de indudable utilidad, no están, ni mucho menos, en proporción con las necesidades reales. Si la ayuda prestada a través de las Naciones Unidas prosiguiese con un volumen tan reducido, con un ritmo tan lento y en la forma que ha prevalecido hasta ahora, sería difícil esperar que sus efectos fuesen adecuados a los intereses de la consolidación de esos países y de la paz en el mundo. En tal caso, no dejaríamos de tener una situación, injustificada en absoluto, en que los países altamente desarrollados gasten para el armamento una suma

equivalente a la producción total de los países subdesarrollados, es decir, que una décima parte de la producción en nuestro planeta se echa a los fondos de destrucción y exterminio, en vez de asignarlos a los fondos de edificación y de bienestar de la humanidad. Por esto se plantea como una de las más urgentes necesidades ante la presente reunión de las Naciones Unidas la de acelerar, ampliar y hacer más eficaces todos los aspectos de la ayuda y del financiamiento internacionales del desarrollo de los países insuficientemente desarrollados, en primer lugar, aumentando los recursos correspondientes de las Naciones Unidas. Esto quiere decir, en realidad, que hoy en día se plantea la necesidad de emprender una extensa acción de esta Organización a fin de prestar una universal y abnegada ayuda a los países de Africa recientemente liberados, para que puedan consolidar su independencia y dar pasos firmes en el camino de su progreso económico, cultural y general.

Yugoslavia está dispuesta a examinar la posibilidad para aumentar la ayuda que presta a los países africanos recientemente liberados y a renunciar a una parte considerable de la ayuda que ella misma ha venido recibiendo

El problema del desarrollo de los países subdesarrollados se plantea en una forma particularmente aguda en la región de Africa, donde subsisten más tenazmente las relaciones políticas coloniales, mezclándose con las consecuencias del atraso económico, lo que se ha puesto de relieve

últimamente en el caso del Congo. Los problemas de Africa requieren la máxima concentración de nuestros esfuerzos. Nosotros consideramos como muy justificada la demanda para concentrar las acciones de la asistencia técnica, financiera y económica a través de las Naciones Unidas para el continente africano. Por esto puedo declarar ahora que mi país está dispuesto a examinar, junto con otros países, la posibilidad para aumentar la ayuda que presta en expertos, materiales y recursos financieros a los países africanos recientemente liberados. Igualmente, mi país está dispuesto a renunciar a una parte considerable de la ayuda que ha venido recibiendo hasta ahora a través del programa de las Naciones Unidas, en favor de los nuevos países africanos.

La concentración de nuestros esfuerzos hacia la solución de los problemas de Africa no debe suponer, sin embargo, que hayamos que desdeñar los problemas de América Latina y de Asia, con los cuales nos hemos enfrentado durante el último decenio y con los cuales nos enfrentamos hoy también.

Los problemas de América Latina los vemos, principalmente, en la necesidad de una industrialización acelerada. Las nuevas condiciones económicas del mundo requieren una diversificación de las economías nacionales. La comprensión del carácter inevitable de este proceso debe conducir a darle nuestro apoyo y no a poner frenos ni obstáculos que susciten forzosamente resistencias y produzcan tirantez y conflictos políticos, como lo ha mostrado particularmente el caso de Cuba. De

todos modos, no se puede considerar en absoluto como normal una situación en la cual los mercados de muchos productos de América Latina se abandonen al llamado juego libre de « la demanda y la oferta » mundiales. Es evidente la necesidad de emprender una acción internacional en esta región.

Los problemas económicos de Asia tampoco han perdido nada de su actualidad. El progreso realizado en la industrialización de muchos de los países asiáticos es la mejor prueba de cuán falsas han sido las afirmaciones que oíamos, desde hace diez años, según las cuales los países subdesarrollados carecían de las condiciones necesarias, con respecto a las fuentes naturales y la mano de obra, para realizar una industrialización moderna. Los países asiáticos resuelven con éxito los problemas orgánicos de la industrialización, alcanzando enormes progresos en la formación de los cuadros industriales nacionales, pero encuentran un gran obstáculo en la escasez de recursos financieros.

III

El siguiente problema importante y urgente, del cual quisiera hablar ahora, es el desarme.

Es generalmente reconocida la importancia del desarme como uno de los problemas claves de la paz y de la guerra. Sin embargo, la conciencia de ello no se ha materializado como una acción concreta indispensable en el conjunto de los intentos habidos hasta ahora para dar solución a este problema. Es así como se ha llegado a una

situación en la cual el desarme adquiere un lugar particular en las relaciones internacionales, un lugar que, parece ser, reviste un significado tal vez más crítico que nunca.

Es por lo que hemos de proceder a la solución del problema del desarme teniendo en cuenta su máxima urgencia. Hay que tener presente constantemente que en los tiempos que corren, se está desarrollando sin cesar, y con la intensidad cada vez más creciente, una carrera armamentista cuyos resultados hacen, inevitablemente, más difícil y complicada toda nueva medida encaminada hacia el desarme. De día en día están apareciendo nuevas y más peligrosas clases de armas sobre las cuales es cada vez más difícil establecer un control, mientras se está extendiendo el círculo de países poseedores de tales armas. En realidad, cuando se habla del desarme es erróneo decir que la carrera armamentista sigue, pues ésta se acelera, intensifica y agudiza constantemente.

Cuán absurdas proporciones adquiere la carrera armamentista, cada día más violenta, y qué consecuencias negativas acarrea a la humanidad, puede ilustrarse de varios modos, aunque yo no lo voy a hacer ahora. Sin embargo, el hecho de que, pongamos el caso, un super-bombardero »B-70« cueste igual que toda la ayuda anual prestada a través de las Naciones Unidas para el desarrollo de los países subdesarrollados, muestra por sí mismo que es necesario abandonar urgentemente el camino que se sigue ahora.

Han madurado todas las premisas para prohibir los experimentos de armas nucleares

Como un ejemplo concreto de la acción que deseamos que se haga y que es indispensable para todos, voy a citar un acuerdo para el cual han madurado todas las premisas objetivas y que es reclamado por toda la opinión mundial, pero para cuya concertación se está haciendo una demora inadmisibles. Se trata de la prohibición de los experimentos de armas nucleares. Opinamos que en este sector ya no habrá obstáculos reales si se llega a un acuerdo político de las grandes potencias para ultimar lo antes posible las negociaciones, que duran cerca de dos años, con un convenio al cual deberían adherirse todos los países.

Este, como todo otro progreso en el sector del desarme, se reflejaría positivamente en las relaciones internacionales y contribuiría mucho a su mejoramiento. Igualmente, todo mejoramiento de las relaciones internacionales, todo progreso en la solución de los problemas internacionales en litigio, a lo que se debe aspirar tenazmente, ha de reflejarse positivamente en la solución del problema del desarme. Como se ve, la interdependencia del estado de las relaciones internacionales y de la situación en el campo del desarme está muy clara y directa. No hay que perder el tiempo en buscar por dónde empezar, ya que es evidente que es preciso realizar los máximos esfuerzos en ambos sentidos. Pero sería erróneo creer que, al procederse al desarme internacional, todo quedaría tal como estaba: la guerra fría, los preparativos bélicos, etc. El círculo vicioso se rompería y las relaciones in-

ternacionales se hallarían en el umbral de una era nueva. El desarme, en realidad, si se considera en una perspectiva suficientemente amplia, supone una forma particular del cambio positivo del mundo y de las relaciones en él.

Por lo tanto, se requiere la capacidad para comprenderlo y la voluntad para colocar las relaciones internacionales sobre una base nueva.

Luego, para poder ir adelante es preciso substituir algunos conceptos y procedimientos avezados, es preciso renunciar a determinados propósitos que, evidentemente, no son realizables sin una guerra, y orientarse, en la solución de los problemas internacionales, a la verdadera coexistencia pacífica de los países de diferentes sistemas social-políticos.

Señor Presidente:

El llamado equilibrio del armamento actual se ha establecido en un nivel tan alto y peligroso de la técnica militar que, realmente, cada día más pierde de su sentido. Este equilibrio no contribuye a la seguridad, como quieren convencernos los partidarios de una política determinada. Al contrario, se convierte en un estado de plena inseguridad y de permanente peligro de muerte para la humanidad.

Para poder crear las condiciones en las cuales los esfuerzos por lograr el desarme pudieran tener éxito, es indispensable, evidentemente, como lo dije ya, que se llegue a un mínimo de la atmósfera favorable y a un grado imprescindible de la confianza mutua. Hasta ahora, desgraciadamente, se

ha seguido con demasiada frecuencia un camino opuesto. No se puede suponer, por ejemplo, que al mismo tiempo sería posible negociar con éxito y violar la soberanía y las fronteras nacionales de la parte con la que se negocia, cualesquiera que fuesen los motivos para defender una tal práctica negativa.

Igualmente, como una expresión de las concepciones negativas de cuantos no pueden, en las actuales condiciones de la existencia de las armas nucleares y cohetes, renunciar a la aplicación potencial de la fuerza y de la guerra como métodos para resolver los problemas internacionales en litigio, nos enfrentamos también a diferentes teorías acerca de la posibilidad a hasta del carácter no peligroso de las guerras locales. Estas teorías se están desorrollando pese a algunas experiencias muy elocuentes adquiridas, a este respecto, en el período de posguerra, aunque para todos debería estar claro precisamente lo contrario, o sea, que en las relaciones contemporáneas en el mundo toda guerra local lleva la inevitable tendencia de transformarse en una guerra universal. El mismo efecto lo produce también la orientación hacia el llamado armamento nuclear táctico.

¿En qué consiste la única y constante alternativa positiva del actual desarrollo negativo en esta materia? Estamos firmemente convencidos de que tal alternativa se halla únicamente en la realización del desarme universal y total. Es por lo que precisamente el Gobierno yugoslavo — junto con el pago correspondiente dado a otras propuestas orientadas hacia las medidas que conducirían a un desarme universal y total — ha saludado las pro-

puestas expresadas en la intervención del Presidente del Gobierno de la URSS, Jruschov, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 18 de septiembre de 1959, así como, más tarde, las propuestas soviéticas en las que se ha expresado un amplio y directo proceder con respecto a las medidas reales del desarme.

Estamos firmemente convencidos de que el desarme universal y total no es una meta irreal, sino, justamente, la única solución posible y duradera. Este punto de vista fue adoptado el año pasado por toda la Asamblea General de las Naciones Unidas.

A este respecto, creo que se sabe suficientemente que el Gobierno yugoslavo siempre ha procedido, activa y absolutamente, a favor de la solución positiva de los problemas del desarme dentro de las gestiones en las Naciones Unidas y en otras partes.

El desarme y el control

En la negociaciones habidas hasta ahora se colocaban, con frecuencia, en el primer plano, los problemas del equilibrio y del control. Si existe la voluntad y a orientación sincera hacia un desarme real, opinamos que no se debería permitir de ninguna manera que estos problemas lleguen a ser insolubles, ni que se transformen en un obstáculo en el camino hacia un acuerdo, ya que no lo son por su naturaleza ni deben serlo. Naturalmente, hay que tener en cuenta el equilibrio en un proceso concreto del desarme, pues sería irreal suponer

que un país podría aceptar unas propuestas que lo podrían colocar, en un momento o período determinados, en una situación de evidente inferioridad. Sin embargo, sería profundamente perjudicial aspirar a establecer previamente un equilibrio absoluto y abstracto, puesto que tal cosa tampoco existe en el proceso del armamento.

Algo parecido pasa también con el control del desarme. No se puede negar, ni nadie niega la necesidad de un adecuado control estricto como una función del desarme. De otro lado, pedir la aplicación de las medidas de control de largo alcance antes de proceder a las medidas de un desarme real, quiere decir lo mismo que oponerse al desarme. Si el control se considera dentro de los límites de la solución de los problemas del desarme y de la aplicación de diferentes medidas concretas dentro de un proceso correspondiente, serán posibles compromisos satisfactorios con respecto al problema del control.

Junto con el apoyo que presta al desarme universal y total y por consiguiente, a las propuestas que se presentan en este sentido, el Gobierno yugoslavo estaría dispuesto a aceptar — como una parte integrante del proceso evolutivo hacia el desarme universal y total — determinadas medidas que, por su propia naturaleza, podrían estimular tanto al entendimiento interior como a la solución de los problemas del desarme en conjunto. Ha de tratarse de las medidas serias y radicales por su carácter, con efectos visibles e inmediatos en el aspecto material y político, como igualmente en cuanto al adelantamiento del proceso técnico indis-

pensable para el desarme. (Me refiero al desarrollo y a la aplicación del control y lo demás). El cese de los experimentos nucleares constituye el mejor ejemplo de una medida de esta naturaleza. Parecidas medidas útiles, junto con las premisas mencionadas, podrían consistir en la disminución de los gastos militares y en el empleo de los ahorros o de una parte de ellos como ayuda a los países insuficientemente desarrollados, en el empleo de los materiales de fisión con fines pacíficos y en las medidas de desprendimiento en la región de Europa Central. Tomadas en su conjunto, dichas medidas deberían constituir un sistema de movimiento hacia adelante al principio y dentro del indispensable progreso que conduce al desarme universal. Naturalmente, lo mejor sería, como lo resalté ya, si se pudiesen lograr lo antes posible grandes resultados, pero me parece que las medidas mencionadas serían suficientes para llegar rápidamente a grandes resultados.

**Es ilusorio esperar la paz al margen de la
coexistencia activa y sin la igualdad de derechos
de los pueblos**

Señor Presidente:

La actual, XV Reunión de la Asamblea General está llamada, sin duda alguna, mucho más que antes, a ayudar para que se hallen los procedimientos y mecanismos correspondientes para las negociaciones sobre el desarme.

Un procedimiento más adecuado que el que se ha venido aplicando hasta ahora seguramente

facilitaría que las cosas relativas al desarme tomen por fin un camino más favorable. Es evidente que las formas utilizadas hasta ahora no se han mostrado como las más felices. Los marcos establecidos han sido, o demasiado estrechos y unilaterales, o demasiado amplios y rígidos para facilitar negociaciones concretas.

Es un hecho el que las grandes potencias tienen, con respecto al desarme, una responsabilidad particular, y por eso también tienen obligaciones particulares ante el mundo. Es por lo que nosotros hemos confiado a las grandes potencias durante muchos años — a través de la institución del Comité de los Cinco y luego a través del Comité de los Diez — para que busquen las bases de un acuerdo sobre el desarme y los métodos para realizarlo. Como es sabido, no ha habido resultados positivos. Se produjo la ruptura de las negociaciones, y el problema se plantea de nuevo ante las Naciones Unidas a iniciativa de las propias grandes potencias.

Luego, para proceder a las negociaciones sobre el desarme, sería preciso hallar una solución para la composición de un tal organismo de negociaciones que sería más eficaz y más amplio que el Comité de los Diez. La composición del organismo de negociaciones debería reflejar mejor la estructura política del mundo contemporáneo y la distribución geográfica. Es así como se lograría al mismo tiempo un estable equilibrio en el organismo de negociaciones que contribuiría a evitar las dificultades en las que se había entrado rápidamente el Comité de los Diez, constituido a base

de la concepción sobre un equilibrio mecánico entre los representantes de las dos alianzas militares. De otro lado, el organismo de negociaciones tendría que ser, evidentemente, más adecuado para ejecutar las tareas operativas de negociaciones que la Comisión de las Naciones Unidas para el desarme, la cual — quisiera subrayarlo con particularidad — ocupa un lugar positivo y tiene, tal vez, un significado permanente como la expresión de los intereses comunes y de la responsabilidad de la totalidad de los miembros de las Naciones Unidas con respecto al problema del desarme. Quizá sería posible hallar, dentro de sus marcos generales, un mecanismo adecuado y aceptable.

Hay que procurar, en este sentido, que el tiempo y el trabajo de esta reunión sean bien aprovechados y que se llegue por lo menos a un acuerdo básico sobre la reanudación de las negociaciones sobre el desarme. El mundo entero lo espera de nosotros. Por su parte, la Delegación yugoslava participará durante esta reunión con el máximo interés, en el examen de diferentes aspectos del problema del desarme, y de nuevas propuestas eventuales, procurando, al igual que hasta ahora, apreciar objetivamente y apoyar a todos los elementos que nos puedan acercar a la solución.

Para que el mundo contemporáneo esté en condiciones de enfrentarse con éxito a los problemas de que he venido hablando, y a otros problemas de los cuales depende la paz y el futuro de la humanidad, es imprescindible que todos los pueblos sin distinción acepten los principios de la coexis-

tencia y, más aún, que los apliquen en sus relaciones recíprocas, en todas las partes y ocasiones.

En nuestra opinión, la esencia de la coexistencia pacífica y activa comprende elementos importantes que todavía no han sido generalmente aceptados en las relaciones internacionales, debido a lo cual se están envenenando cada vez más las relaciones entre los pueblos y Estados del mundo.

El primer principio fundamental de la coexistencia, tal como nosotros la entendemos, consiste en que los diferentes sistemas sociales no deben ser motivo para conflictos bélicos ni freno a la colaboración pacífica entre los Estados y pueblos. El segundo principio fundamental de la coexistencia pacífica consiste en que diferentes problemas en litigio deben resolverse por vía pacífica, y que deben eliminarse de la práctica de las relaciones internacionales la fuerza y las guerras. El tercer principio fundamental consiste en respetar la obligación de no ingerencia en los asuntos internos de otros pueblos y Estados y el derecho de cada pueblo de regular por sí mismo su desarrollo y vida internos.

La coexistencia pacífica y activa está abriéndose un camino cada vez más amplio y fuerte en el mundo en el campo técnico y cultural, y, hasta cierto grado, también en el campo político, en las relaciones entre los países de diferentes sistemas sociales. ¿Por qué, entonces, poner obstáculos artificiales a este único proceso justo en el desarrollo del mundo? ¿Por qué propagar, a través de la prensa, de palabra, y en otras formas,

diferentes informaciones falsas, y hasta el odio entre los pueblos? ¿Por qué seguir aplicando los viejos y caducos métodos y procedimientos, que no sólo se han hecho anacrónicos en el mundo actual, sino que además amenazan constantemente la paz y el progreso de la humanidad? Estos son precisamente los elementos que frenan el justo desarrollo de las relaciones y de la colaboración internacionales.

Naturalmente, es absolutamente ilusorio esperar que la paz reinaría entre los pueblos y que estos podrían mirar sin temor hacia el mañana, si este mundo siguiese siendo el mundo en que falta la igualdad de derechos entre los Estados y pueblos grandes y pequeños, el mundo en que aquellos que más tienen vean sus beneficios en que los demás sigan atrasados, o el mundo en que se cree que la carrera armamentista y la prolongación de la guerra fría sean los mejores medios de la política nacional, y que la política de fuerza y violencia sea el camino más seguro para realizar aspiraciones justificadas o no justificadas, es decir, el camino para dar solución a los problemas pendientes.

Por consiguiente, la coexistencia entre los pueblos se impone hoy cada vez más no sólo como una necesidad práctica, sino también como un imperativo en las condiciones actuales. Pues, otra alternativa no existe, a excepción de la casi permanente guerra fría, a excepción de andar «por el borde de la guerra» y, por fin, de la verdadera guerra que significaría el exterminio total, lo que todos nosotros aquí hemos de rechazar. Es por lo que precisamente la guerra ya no se

puede definir como « la continuación de la política por otros medios ». La orientación hacia la guerra para resolver los litigios internacionales se hace cada vez más la parte integrante de una política que ya no es capaz de convencer si no es recurriendo a la amenaza o a la fuerza.

Los principios fundamentales de la coexistencia son, en realidad, una interpretación viva y creadora del espíritu y de los principios de la Carta de nuestra Organización. Al entrar en sus filas, nos hemos obligado a respetar también la aplicación de estos principios y, por lo tanto, a seguir una política internacional de pleno acuerdo con las concepciones y la práctica de la coexistencia, sin distinción de diferencias raciales, ideológicas y otras, entre los pueblos. Por esto, es absolutamente incompatible con los principios de la coexistencia, y por este mismo hecho, con los principios de la Carta de las Naciones Unidas, no sólo propagar y aplicar la política de fuerza y la política del derecho del más fuerte, sino, igualmente, la de propagar y aplicar la discriminación racial, la ingerencia en los asuntos internos ajenos encubierta con el manto indeológico-político, la presión económica y la discriminación ejercida por los fuertes frente a los débiles, diferentes métodos de coacción moral y psicológica, y otras.

La coexistencia estimula y facilita los procesos históricos.

Además, es igualmente errónea la concepción según la cual la coexistencia debería significar la conservación de las relaciones existentes, por

ejemplo, en las regiones que se hallan bajo el control colonialista y en las regiones donde los más fuertes y desarrollados han venido creando sus posiciones privilegiadas en los países más débiles y subdesarrollados. Esta concepción se halla en manifiesta contradicción con el espíritu y el significado de la coexistencia, la cual no puede servir para detener los procesos históricos en la vida internacional. Al contrario, ella estimula y facilita estos procesos, con lo cual no pone en peligro la paz mundial sino que la hace más estable. A causa de esta concepción que tenemos sobre el sentido de la coexistencia es inadmisibles para nosotros la interpretación según la cual la coexistencia, en el mundo actual, debería limitarse exclusivamente a asegurar el coexistir simultáneo de las agrupaciones existentes. Naturalmente, hay que aspirar también a la coexistencia entre ellas que substituiría a la tirantez y la desconfianza actuales, pero no para detenerse en esta clase de coexistencia sino para ir más allá, partiendo de ella, hacia las relaciones más activas de una colaboración fructífera y múltiple entre todos los Estados y pueblos, incluidos los que hoy se hallan en las posiciones antagónicas. Teniendo en cuenta todo esto, nosotros consideramos que la verdadera fidelidad a la coexistencia se demuestra y verifica únicamente en la práctica, es decir, ante todo a base de la contribución de una determinada política, de las concepciones y acciones políticas al mantenimiento de la paz.

El país en cuyo nombre hablo hoy, la República Popular Federativa de Yugoslavia, ha procurado, desde su advenimiento, colocar sobre estas bases

sus relaciones con los países de todas las partes del mundo. Gracias a ello, creemos que nuestro país ha contribuido, no sólo a sus intereses y aspiraciones nacionales sino también a la causa común del mundo. Siendo un país completamente independiente, Yugoslavia actúa convencida de que sigue un camino que, en el mundo actual, conduce con la máxima seguridad, hacia la paz y la colaboración internacional activa. Siguiendo este camino, nuestro país ha edificado fructíferas relaciones con todos aquellos que estaban dispuestos a colaborar a base del respeto mutuo, de la igualdad de derechos y de la no ingerencia. De otro lado, siguiendo este camino, nuestro país se ha encontrado con muchos países y pueblos de todos los continentes, los cuales, guiados por los mismos anhelos, constituían una fructuosa fuerza de la paz durante los días de la guerra fría. Estos países y pueblos se han revelado, en las actuales relaciones internacionales cambiadas, como los más consecuentes artífices en los esfuerzos encaminados a crear la coexistencia en el mundo y la paz dentro del progreso y de la igualdad de derechos. Estos países independientes se han inclinado por esto y ante todo, hacia esta Organización nuestra, viendo en ella y en su Carta un poderoso instrumento para la realización de sus anhelos y de los anhelos generales de la humanidad. Nosotros debemos demostrar en esta reunión, más que hasta ahora, con las decisiones que vamos a aprobar, que son justificadas las esperanzas depositadas en esta Organización.

Yo opino que en esta reunión deben adoptarse también ciertas instrucciones de carácter general,

tal vez en forma de una declaración de la Asamblea General acerca de los esfuerzos y normas que son indispensables para poder superar la tirantez internacional, fomentar las relaciones pacíficas y de buena vecindad entre las naciones y desarrollar la colaboración internacional en todos los aspectos.

A todos nosotros, a los representantes de los países grandes y pequeños, nos incumbe por igual la gran y singular tarea de contribuir, con esfuerzos comunes, a que los hombres y los pueblos de todo el mundo vayan al encuentro de un porvenir más despejado.

Señor Presidente,

Señores Delegados:

He venido exponiendo nuestros puntos de vista acerca de algunos problemas internacionales que consideramos como los más importantes y actuales. Al adoptar nuestra posición con respecto a diferentes cuestiones, siempre tratamos de guiarnos por los principios que constituyen el fundamento de toda nuestra actividad de política exterior, principios que, como ya lo dije, no son, en nuestra opinión, sino una concretización determinada de los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Permitidme, al terminar esta exposición, exponer estas concepciones nuestras en líneas generales.

Nosotros creemos y afirmamos que el mundo actual y el del futuro no tienen otra alternativa más que la coexistencia pacífica y activa, por la cual nosotros entendemos, la posibilidad y la

necesidad de desarrollar una colaboración duradera entre los países de diferentes sistemas social-políticos.

Con respecto al trascendental problema del desarme, el mundo se ve enfrentado hoy a una contradicción aparentemente insoluble. De un lado, la guerra llega a ser cada vez más un absurdo a causa del poder destructivo de las armas modernas. De otro lado, la acumulación de las armas cada vez más destructivas conduce a la guerra de por sí. Luego, es evidente que la solución ha de hallarse únicamente en el impedimento de la acumulación ulterior de las armas, o sea, en el desarme. En este sentido, nosotros insistimos en que se reanuden lo antes posible, y con una composición adecuada, las negociaciones sobre el desarme. Si ahora mismo no pudiera llegarse a un acuerdo sobre el desarme universal, hay que estar dispuesto también a un acuerdo parcial. Tan pronto se lo acepte, hay que estar dispuesto también a que dicho acuerdo no va a ser perfecto.

El riesgo que puede acarrear todo esto es, sin duda alguna, muchísimo más pequeño que el riesgo que entraña la actual carrera armamentista que se está desarrollando sin control alguno.

**Yugoslavia seguirá prestando su apoyo a toda iniciativa pacífica de cualquier lado que venga.
La guerra ya no es inevitable**

Estas concepciones nuestras determinan también nuestra actitud frente a ciertas tendencias que pueden conducir a un reparto del mundo en general, y las cuales, evidentemente, constituyen

uno de los principales hechos y factores negativos en la vida internacional contemporánea y una de las principales causas de la llamada guerra fría. Por esto, cualquier agravación e intensificación de esta lucha conduce, inevitablemente, a la intensificación de la guerra fría por medio de actividades propagandísticas y posiciones extremistas y exclusivistas, conduce a las agrupaciones de todos los países con respecto a estas posiciones, con lo cual siguen deformándose y agravándose las relaciones internacionales, aumentando y agudizando los conflictos existentes y creándose nuevos, además de poner dificultades al entendimiento.

Nosotros siempre hemos procurado, sobre todo en las situaciones tensas, cuando se trataba de diferentes propuestas e iniciativas, adoptar una posición que no resultase de la actitud frente a la parte que las plantea sino del significado que tienen desde el punto de vista de la consolidación de la paz. En este sentido, por ejemplo, hemos ofrecido pleno apoyo a la propuesta soviética acerca del desarme universal y total. Lo hacemos también hoy, y lo haremos igualmente en el futuro, y daremos nuestro apoyo a toda iniciativa de la que estemos convencidos de que contribuye a la consolidación de la paz, de cualquier lado que venga.

De todo esto se desprende que nosotros no vemos una salida de la situación, llena de peligros, en la que se halla el mundo, en formar filas en uno u otro bando, y menos aún en intensificar la lucha entre ellos. Nosotros consideramos que la

salida se halla en la gradual superación de los obstáculos que entraña esta lucha, en la gradual superación y eliminación de las alianzas militares existentes. Es evidente, pues, que la coexistencia en la atmósfera caracterizada por la carrera armamentista no puede ser, de ningún modo, la base de una paz duradera y estable. Al contrario, la paz puede asegurarse y consolidarse únicamente con el desarrollo de la colaboración universal en torno a todos los problemas de interés general y a través de la decidida lucha por el desarme y por la supresión de las relaciones de desigualdad de derechos.

Finalmente, nosotros creemos y afirmamos que la guerra ya no es inevitable, es decir, que existen todas las perspectivas reales para eliminarla para siempre como medio de la política y de la solución de los litigios internacionales. Esta convicción la basamos en el juicio de que una consecuente política de paz puede aislar e imposibilitar a cuantas fuerzas del mundo se están orientado hacia la guerra y se están preparando para ella con el propósito de realizar sus fines. Dicho de otra manera, nosotros creemos que la enorme mayoría de la humanidad es contraria a la guerra, que están madurando cada vez más las condiciones materiales y social-políticas favorables al mantenimiento de la paz, y que hoy día son suficientemente fuertes y capaces para impedir el estallido de la guerra las fuerzas contrarias a ella.

Estos son, pues, los principios fundamentales en los que se inspira la política exterior yugoslava.

Espero que las explicaciones que he dado contribuirán a una mejor comprensión de estos principios y de toda nuestra política exterior. Estoy convencido de que, en estos marcos, estará claro también el porqué y en qué sentido atribuimos nosotros un significado particular a la contribución que pueden proporcionar los llamados países no ligados, al saneamiento de las relaciones internacionales, así como al gran papel que pueden y deben desempeñar, en este sentido, las Naciones Unidas.

Versión castellana de Radivoj Nikolić

Imprenta *Beogradski grafički zavod*, Beograd,
Bulevar vojvode Mišića 17, 1960.